

PORTADA

CRITICA

Un libreto sin alma

Por GUSTAVO VERZBICKIS
De la redacción de UNO

Con la Fiesta Nacional de la Vendimia es imposible no tener preconceptos a la hora de encarar un comentario crítico. Son tantos los "duendes del vino", los "soy la vendimia" o "caleidoscopios" varios, palabra esta última frente a la que más de un libretista ha sucumbido en estos 59 años de vendimias.

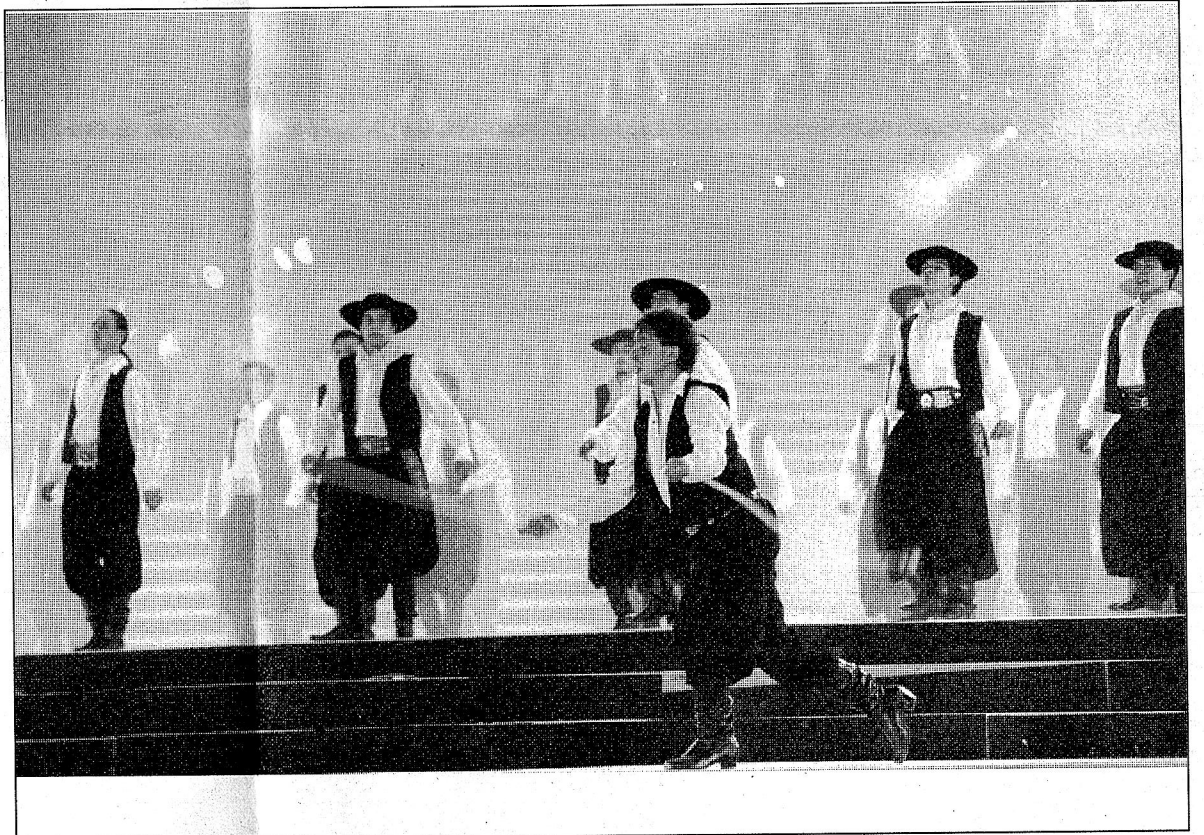
Entonces uno siempre llega a ver qué más de lo mismo se ofrece, lo cual parece ser algo que se ha dado en llamar el "género vendimial", el cual tiene carácter de cosa juzgada y se terminó, ¡joder!

También es cierto que quienes hemos nacido por estos pagos sabemos que esto es lo que la gente espera y que mala o buena, la fiesta siempre termina impactando por sus luces, su colorido, sus fuegos artificiales y sus bailes. Es una comodidad que ojalá algún día alguien pueda romper.

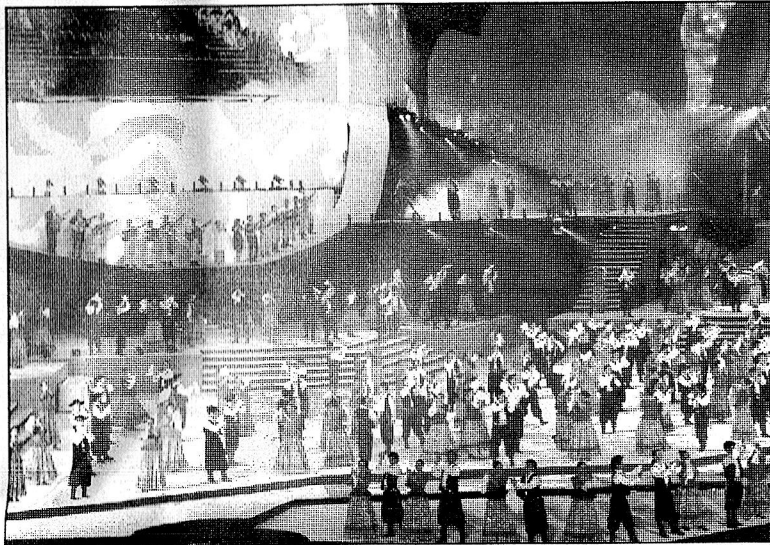
Pero lo que sorprende es que a un conjunto de glosas tipo acto

pobre de escuela primaria se lo denomine libreto. Y es aquí donde reside el talón de Aquiles de esta fiesta que gozó de bastante buena salud, comparada con -sin ir más lejos- la del año anterior. La pobreza de expresión, las trilladas metáforas y el infantilismo crónico de estas glosas vendimiales son sorprendentes, aunque sabemos que muy poco público es el que escucha las voces en off, es justo decirlo. O quizás sea que la sabiduría popular ha decidido desde hace muchos años hacer oídos sordos a tanta cosa remanida. Por si no lo escuchó, el espectáculo consistió en una suerte de evocación a las vendimias anteriores, aquellas que marcaron algunos hitos en esta historia de fiestas.

Por lo demás, esta *Alma de Vendimias*, tuvo como excelsa protagonista a la excelente iluminación, no siempre bien aprovechada, según se pudo apreciar. Y esto va por el vestuario -que si bien fue realmente bello, no se lo realizó con las luces-; va también por los escenarios de los cerros,



El espectacular malambo tuvo el mejor de los premios: el aplauso del público.



En el final, los bailarines saludaron mientras el coro, a oscuras, interpretaba la canción que cerró el espectáculo.

uno de los cuales fue tardíamente iluminado en uno de los cuadros; va por el coro que ocupaba el costado derecho del escenario central y que tuvo a su cargo la canción final de la fiesta, pero a oscuras, y va por algunos elementos de la escenografía, como fueron las máquinas construidas por Jorge Zarran Paz, las que pasaron sin pena ni gloria.

Pero eso sí, hubo momentos lumínicos notables que a nadie dejaron de subyugar, como fue el cuadro de los ángeles.

En lo que respecta a las cajas de luces y partiendo de la base de que este es un espectáculo concebido con poca iluminación en los cerros y mucha concentración lumínica en el escenario mayor,

éstas lograron sugerir de manera desestructurada los motivos vendimiales del sol, las hojas de parra, los toneles, las uvas y mucho de lo que el imaginario popular ha acumulado en torno de la vendimia.

Lejos de los excesos cometidos en otras oportunidades, los cabezones, el tranvía y todos los elementos no humanos que desfilaron por la escena conservaron una sobriedad que nos puso contentos a muchos.

Y en cuanto a los bailarines, estos plasmaron una armonía coreográfica notable y su profesionalidad se tradujo en una estupefaciente fusión de música, vestuario y cuerpos puestos a expresar belleza. Seguramente nadie olvidará

el malambo.

Hay humo en tu fiesta

Como en otras oportunidades, artistas en escena hacen playback y en tamaño escenario, esta modalidad de la actuación no merece ningún comentario, ni a favor ni en contra. Pero en esta oportunidad hubo una contradicción artística. Se dispuso un pequeño escenario -que obstaculizó la visión de los que ocupábamos el palco de prensa- para que Los Trovadores de Cuyo, el más tradicional de nuestros conjuntos, cantara *Virgen de La Carrodilla* entre el público. Qué mejor homenaje mutuo entre un artista popular y su gente, pero cuando el canto no es en vivo, este efecto -hermoso, repito-, no se logra.

Si algo hubo que cosechó aplausos y admiración fue el despliegue del láser que fue dibujando surcos, animales, el sombrero de Carlitos Gardel, la iglesia de la Carrodilla, el general San Martín en su caballo y otras tantas. Tampoco pudo ignorarse el humo, que desde que empezó la fiesta no dejó de ser despedido por dos fauces laterales y fue dándole al espectáculo las características de una gran humareda. Así el humo como recurso para lograr determinados climas fue usado con exceso y terminó por ensombrecer gran parte de los bailes, el vestuario y la puesta en general.

Pero hay para celebrar. Celebramos la realización de una fiesta de una neutralidad previsible pero digna, con una concepción de espectáculo moderna, con una estupeficiente labor profesional de bailarines y coreógrafos, un audio irreprochable, una dirección general de buen nivel (a cargo de Pedro Marabini), fuegos artificiales espectaculares y, lo que más vale, señores, un público que sigue celebrando esta maravillosa forma de estar juntos que toda fiesta popular lleva en sus entrañas.

Corona nueva para reina nueva

Esta foto podría ser una más de las tantas que ha mostrado la consagración de una reina vendimial, si no fuera porque este año Andrea Carolina Parissenti, Reina Nacional de la Vendimia 1995, estrena corona. El atributo fue donado por la joyería Vendemmia y está valuado en 30.000 pesos.

